

# HARO TEGLEN

## DEMOGRAFIA Y POLITICA MUNDIAL

*La aparición de las masas produjo lo que llamamos "regímenes de masas": la democracia moderna, el fascismo y el comunismo...*



Nixon acaba de decir, en un mensaje al Congreso, que «uno de los más serios desafíos al destino de la Humanidad es el crecimiento numérico de la población». Es una frase que repiten desde hace años con bastante frecuencia quienes se tienen por responsables del mundo y se apoya en unos datos y unas estadísticas de los cuales los más recientes son los que ha recalcado el propio Nixon: en el año 2000, o sea, dentro de treinta y un años, la Tierra contará con 7.000 millones de habitantes, o sea, más del doble de los que tiene actualmente. El mayor nivel de crecimiento está en Hispanoamérica, Asia y África, es decir, allá donde los recursos nutritivos son menores. Si se sabe que hoy sufren de hambre unos dos mil millones de personas —dos tercios de la Humanidad—, se puede imaginar cuál será la perspectiva de hambrientos en el año 2000.

La cuestión plantea graves problemas de orden moral. La moral tradicional se refiere continuamente a la esencia misma de la vida y suele negar el derecho del hombre a obstruirla. Parece coincidir con lo que se considera un imperativo naturalista de la especie humana —y aun de todas las especies— que es el de la multiplicación y el de la abundancia. La naturaleza es negentrópica, es vitalista, y la moral tradicional también lo es: no sólo trata de la inviolabilidad de las fuentes de la vida, sino de su conservación y de su prolongación. Hay, sin embargo, una manera de ver el problema que, siendo la misma, parece inversa, que los tratadistas de moral han estudiado menos: la convocatoria artificial de la vida. Si la obstrucción de la vida por medios artificiales está condenada por todos los moralistas —por los laicos, porque les parece contraria a los imperativos naturales de la especie; por los religiosos, porque la consideran contraria al mandato divino— podría producir reparos o condenas de la misma índole la llamada política natalista, la que ha tratado de aumentar la producción de vida mediante estímulos externos: los premios a la natalidad, los impuestos de soltería, la protección a las familias numerosas. Tan digno de atención puede ser el fenómeno de las parejas que por razones económicas evitan los nacimientos, como el de aquellas que por los mismos motivos los fomentan. Siendo, como es, vitalista, la moral tradicional ha tenido menos en cuenta que también tiene la significación profunda de alterar el sentido natural de la población mundial.

La política se enmascara muchas veces con la moral. Debemos tratar aquí de desenmascararla o, por lo menos, de dividir los dos problemas. Lo que corresponde aquí es el problema político. Durante muchos siglos, durante milenios, la tendencia de las clases políticas dominantes ha sido la del natalismo. Los dos grandes brazos de una nación han sido tradicionalmente el del trabajo y el de la guerra. Los dos fuerzas, laboral y guerrera, se nutrían con el número. El trabajo se realizaba en condiciones de esclavitud o de semiesclavitud, y sus participantes tenían escasas posibilidades de hacer prevalecer la fuerza de su número sobre la fuerza concentrada de quienes les explotaban; los ejércitos o los grupos guerreros se formaban en unas condiciones de disciplina férrea que tampoco dejaban lugar a la expresión de quejas de la base. La práctica de la política natalista por parte de las clases dirigentes, tendía simplemente a fortalecer esos dos brazos de la nación y, por consiguiente, de su situación de privilegio como propietarios de la nación. Probablemente, este tipo de políticos no podían tener la preparación intelectual suficiente como para comprender que debía haber un «techo» en esta superproducción de vidas humanas, un delicado punto en la curva ascendente de la demografía, en la que el número de las clases dominadas podría llegar a ser superior a la fuerza concentrada de las clases dominantes. Se puede estudiar cuál es ese momento. Se le suele

hacer coincidir con la aparición de la «revolución industrial», pero debe ser anterior. Las sacudidas europeas que se simbolizan con la Revolución francesa —aunque sus precedentes sean numerosos y hasta más importantes—, son los síntomas más claros de que el número desborda a la selección de los dominantes. Los acontecimientos posteriores nos llevan a lo que se llama «regímenes de masas». La idea de «masa» como fuerza, comienza a aparecer en el siglo XIX y se sigue extendiendo. Tenía entonces un concepto peyorativo, que se sigue sosteniendo en los grupos aristocráticos, cada vez con menos fuerza. La coincidencia con la «revolución industrial» y con el posterior desarrollo técnico y científico de ésta, da un nuevo cariz al problema. La máquina y la energía hacen que deje de ser imprescindible el número de brazos obreros, como las nuevas armas científicas reducen el papel de la base en la guerra. Esto hace aparecer también nuevos conceptos: el trabajo deja de ser esclavo o semiesclavo para ofrecer unas compensaciones a quienes lo ejercen, los ejércitos dejan de ser disciplinarios a ultranza para ofrecer unas motivaciones, hasta el punto de que la tendencia actual es la supresión del servicio militar obligatorio para ir hacia los ejércitos profesionales, esto es, voluntarios, vocacionales, movidos por la motivación.

Sobre estas bases, el mundo desarrollado ha dejado de ser natalista. Las cifras estadísticas son claras en el sentido de que a mayor desarrollo, a mayor nivel de vida, corresponden cifras más bajas de nacimientos. Las clases políticas dominantes se resisten aún a adoptar este hecho espontáneo como política. El propio Nixon, en su mensaje al Congreso, hace dos distinciones muy visibles. Cuando se refiere a su propio país recomienda que se procuren crear condiciones de vida óptima para colocar en él el exceso de población que va a producirse, pero no recomienda ni propone medidas de control de nacimientos. En cambio, cuando se refiere a los países subdesarrollados, ofrece, concretamente, la ayuda técnica de los Estados Unidos para el control de población y lo que hipócritamente se llama «planificación familiar», y ofrece también dedicar una gran cantidad de los fondos de ayuda exterior para resolver ese problema.

Parece, en principio, difícil enmascarar de moral el problema de cómo los países muy desarrollados pretenden practicar para sí mismos una política relativamente natalista —o, por lo menos, evitar en lo posible la baja de natalidad— y, al mismo tiempo, fuerzan a los demás a disminuir su demografía. En este caso, se alude a la moral práctica disfrazada con la palabra hambre. Es inmorale —dicen— producir vida en países que no pueden alimentarla, mientras que es moral producirla en países que la pueden absorber. Estamos ya muy lejos de la moral tradicional que se aferra al vitalismo y que no piensa que el hambre pueda ser un motivo para contener la vida, y ello en las dos escuelas opuestas: los laicos aluden a la técnica y al progreso científico que encontrará soluciones para la superpoblación, los religiosos porque creen que la Providencia, como su propio nombre indica, proveerá soluciones. La moral práctica de las clases políticas parece, en contradicción con la moral tradicional, que se refiere a las fuentes de la vida, aunque procure coonestar semánticamente las dos.

El problema político real es distinto de este encubrimiento doctrinal. La aparición de las masas ha producido en Europa, primero, y en el mundo, después, lo que llamamos «regímenes de masas». Son, esencialmente, tres: la democracia moderna, el fascismo y el comunismo. En las bases doctrinales de estos tres tipos de regímenes, por la pureza real de intenciones de sus fundadores intelectuales, aparece la idea de que las masas han tomado el poder y se dirigen a sí mis-

mas, por cualquiera de los medios programáticos que se les dan. En la práctica, y mientras sobreviven los teóricos doctrinales y aparecen otros nuevos, el orden de valores se ha subvertido y reaparece de nuevo el intento de clases políticas o de minorías dominantes para dominar el número. La forma actual de sostener el equilibrio entre los poderes concentrados y la fuerza del número parece ser la de un balancín concesión-represión, con ciclos cada vez más cortos que son los que dan la sensación de desorden y anarquía del mundo actual. En estos mismos momentos parece que la ventaja en todo el mundo la tienen los grupos de poder concentrado, hasta que el balancín cambie de inclinación. Los observadores fríos del problema creen que este juego de balancín es positivo, porque asegura por una parte al mundo de los riesgos de una revolución social y, por otra, le evitan permanecer en el inmovilismo que desearían las clases dominantes para conservar —por eso se llaman conservadores— una posición personal que les es grata. Esto se está desarrollando así en el interior de los países desarrollados, en el interior de los bloques, comunista o capitalista.

Pero, a escala mundial, el problema se presenta como una magnificación de lo que ocurría en Europa durante los siglos XVIII y XIX, del fenómeno de la aparición de las masas frente a las minorías. Los países desarrollados representan los grupos minoritarios de poder concentrado, los subdesarrollados representan el número. La abundancia de número ha producido ya los fenómenos de descolonización: los países coloniales han visto roto el techo demográfico de los países colonizados y han tenido que abandonarlo. Por algo se ha llamado a estos países «proletarios» —y no olvidemos que proletario es un derivado de «prole», es decir, que proletario era en la Roma clásica aquel que no producía más que prole, hijos, para su implantación en la vida—. Al principio, los países de poder, aun después de la descolonización, han aceptado la superproducción demográfica del mundo subdesarrollado porque les interesaba la explotación de la mano de obra. Estando esos países en una situación preindustrial, el número de brazos laborales significaba una fuerza para la extracción de materias primas que los otros habían de elaborar y revenderles transformadas. A condición de que ese número no sobrepasara el «techo» ideal, y a condición de que la concentración de fuerza en los grupos de poder —en los países desarrollados— aumentase lo suficiente para equilibrar la fuerza del número. La sensación de poder propia de los Estados Unidos y los acuerdos tácitos con la U. R. S. S., parecían mostrar que ese equilibrio estaba asegurado hasta que han aparecido una serie de fenómenos que parecen mostrar que de nuevo el equilibrio vuelve a romperse a favor de la masa. Cuba y los revolucionarismos hispanoamericanos por una parte, y el espectacular levantamiento, guerra y triunfo práctico en el Vietnam, son los dos fenómenos mayores. Estos sucesos, especialmente los del Vietnam, han alertado a los países desarrollados. El crecimiento de población mundial se realiza de forma adversa, y en tal número creciente que puede significar una futura revolución mundial incontestable. China ha puesto de manifiesto esta cuestión cuando alardea de sus setecientos millones de habitantes como fuerza superior a la de la bomba atómica, a la que ha definido como «tigre de papel». Desde el otro extremo, los Estados Unidos lo han comprendido perfectamente y, al mismo tiempo que realizan aceleradamente planes de adiestramiento militar contra la guerra llamada subversiva —es decir, la guerra adecuada para enfrentarse con el número, con la masa—, al mismo tiempo que practican en ciclos cortos el balancín concesión-represión (a cada concesión corresponde una exigencia nueva que produce una represión, a cada represión sigue una concesión nueva para evitar un nuevo desorden), intentan poner en marcha un sistema de política antinatalista que reduzca el número de habitantes, de rebeldes en potencia, en los países subdesarrollados. Ese es el sentido real del mensaje de Nixon, ese es el contenido profundo de lo que se enmascara como «ayuda técnica» o «ayuda económica». Ciertamente, la mayor parte de los gobernantes de esos países subdesarrollados aceptan y fomentan la política antinatalista, porque los gobernantes, aun de los países subdesarrollados, pertenecen a minorías políticas dominantes, tratan también de evitar que prevalezca el número y se suponen víctimas inmediatas de las revoluciones que pudieran surgir como consecuencia de un desequilibrio de la fuerza numérica sobre la fuerza concentrada.

Naturalmente, la trascendental cuestión de la demografía tiene otros muchos aspectos, además de los morales apenas enunciados brevemente en las líneas iniciales: biológicos, ecológicos, costumbres, sexuales, económicos, nacionalistas, individuales... Y, naturalmente, también todos estos otros aspectos tienen importantes incidencias políticas. Lo que aquí queda expresado no es más que, a trazos gruesos, su referencia a la única división real del mundo —los que comen y los que no comen— y el intento moral de enmascaramiento de la política de planificación demográfica a escala mundial.

## TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

● El diario parisiense «Le Monde» especula con la posibilidad de que después de la oferta de Van Thieu al F. L. N. —rechazada por el Frente— Washington y Saigón propondrían la organización de un referéndum sobre la paz en Vietnam del Sur.



● El senador William Fulbright ha criticado severamente el programa de ayuda al extranjero (2.200 millones de dólares) diciendo que Estados Unidos tiene «a contribuir al mantenimiento del "statu quo" en ciertos países y a obstaculizar ciertas evoluciones deseables».

● Mientras en las últimas elecciones municipales celebradas en Tokio los socialistas han sufrido una fuerte derrota, comunistas y budistas vieron multiplicarse sus votos respecto al resultado de las pasadas elecciones.

● El «Informe Duncan», tachado por el ministro británico de Asuntos Exteriores de «interesante» y «objetivo», concluye que «Gran Bretaña es en la actualidad una gran potencia de segundo orden».

● Diecisiete mil millones de pesetas anuales pagará la República Federal a Gran Bretaña por los gastos de estacionamiento de las tropas británicas sobre territorio germano.

● A pesar del alto el fuego aceptado por los dos países a instancias de la O. E. A., continúan los choques armados entre Honduras y El Salvador, al tiempo que prosigue la penetración de fuerzas salvadoreñas en territorio hondureño.

● Alain Savary, de cincuenta y dos años, partidario del diálogo con el Partido Comunista francés, ha sido designado primer secretario del Partido Socialista, cargo en el que sucede a Guy Mollet.

● La «talidomida», responsable de más de 5.000 deformaciones congénitas en niños de toda Europa, podría emplearse como terapéutica eficaz contra la lepra.

● Los partidos de oposición de Corea del Sur han formado un «comité de acción» para luchar pacíficamente contra la adopción de una enmienda constitucional que permitiría un tercer mandato al actual presidente, Park Chung Hee, y que, según los organizadores, conduciría a la «dictadura permanente».

● Policías y militares, en uniforme de campaña, ocuparon el barrio de Saigón donde se encuentra la Facultad de Letras para expulsar a un millar de estudiantes que protestaban contra el entrenamiento militar obligatorio a que se ven sometidos durante los meses de verano.



● «El movimiento militar en el Perú es diferente de los que existen en otros países de América Latina», manifestó en un discurso el primer ministro cubano, Fidel Castro.

● El gobierno jordano ha reafirmado oficialmente su apoyo a los movimientos de resistencia palestinos en su lucha contra el imperialismo sionista y hasta la completa liberación de la patria árabe.



● Oponiéndose a la creación de cualquier fuerza de disuasión nuclear europea, Harold Wilson declaró, ante la Cámara de los Comunes, que dicha fuerza presentaría el peligro de permitir a Alemania Federal el disponer de «un dedo sobre la distensión nuclear».